



EL MANDARÍN

I

Me llamo Teodoro, y fui amanuense en el Ministerio de la Gobernación.

En aquel tiempo vivía yo en la travesía de la Concepción, número 106, en la casa de huéspedes de doña Augusta, la espléndida doña Augusta, viuda del comandante Marques. Tenía dos compañeros: Cabritilla, empleado en la administración del barrio central, tieso y amarillo como una vela de entierro y el petulante teniente Conceiro, hábil tocador de viola francesa.

Mi existencia se deslizaba equilibrada y tranquila. Toda la semana, sentado ante el pupitre de mi negociado, trazaba en una hermosa letra cursiva, sobre el papel de oficio

del Estado, estas frases hechas: «Ilmo. y Excmo. Sr.: Tengo la honra de comunicar á V. E... Tengo el honor de poner en conocimiento de V. I. etc., etc.»

Los domingos descansaba. Instalado entonces en el canapé del comedor, la pipa entre los dientes, admiraba á doña Augusta, que, los días de fiesta, solía limpiar con clara de huevo la caspa al teniente Conceiro. Esta hora, sobre todo en verano, era deliciosa. Por las ventanas entreabiertas penetraba el vaho cálido y soñoliento de la solanera, algún lejano repique de las campanas de la Concepción Nueva, y el arrullo de las tórtolas que se enamoran en las barandas.

El monótono susurro de las moscas se balanceaba sobre el viejo tul, antiguo velo nupcial de la señora de Marques, que cubría ahora, en el aparador, los platos de cerezas. Poco á poco, el teniente, envuelto en un paño de afeitarse, como un idolo en su manto, adormeciase, bajo la fricción suave de las cariñosas manos de doña Augusta... Yo, entonces, enternecido, decía á la amable señora:

—¡Ay, doña Augusta, es usted un angel!
Ella, siempre me llamaba *el encanijado*. Yo

sonreía sin escandalizarme. *El encanijado* era efectivamente el nombre que me daban en casa, por ser delgado, entrar en todas partes con el pie derecho, asustarme de los ratones, tener en la cabecera de mi cama una estampa de Nuestra Señora de los Dolores, que perteneció á mi madre, y andar un tanto corcovado. Si, era desgraciadamente corcovado, por lo mucho que doblé el espinazo, retrocediendo asustado delante de los señores profesores, ó inclinando la frente ante jefes y directores generales. Esta actitud de respeto es conveniente al covachuelista, mantiene la disciplina en un Estado bien organizado, y me garantizaba el descanso de los domingos y días festivos, el uso de alguna ropa blanca y veinticinco duros al mes.

No puedo negar, á pesar de todo, que yo no tuviese ambiciones, como lo reconocían sagazmente la viuda de Marques y el pedante de Conceiro. No agitaba mi pecho el apetito heroico de dirigir, desde lo alto de un trono, vastos rebaños humanos; pero sí me abrasaba el deseo de poder comer en el Hotel Central, con champagne, apretar la mano de mimosas vizcondesas, y, por lo menos, dos veces á la semana, dormir,

en un éxtasis mudo, sobre el fresco seno de Venus. ¡Oh, elegantes que os dirigíais vivamente á San Carlos abrigados en costosos paletots, luciendo la blanca corbata de *soirée!* ¡Oh, carruajes llenos de mujeres vestidas á la andaluza, rodando gallardamente hacia los toros, cuántas veces me hicisteis suspirar! Porque la certidumbre de mis veinticinco duros mensuales y mi gesto encogido de encanijado, me excluían para siempre de aquellas alegrías sociales, y venía entonces á herir mi pecho, como flecha que se clava en un tronco y queda mucho tiempo vibrando.

Aún así, yo nunca llegué á considerarme un paria. La vida humilde tiene sus dulzuras: es grato, en una mañana de sol alegre, con la servilleta al cuello, delante de un bistef con patatas, desdoblar el *Diario de las Noticias*; durante las tardes de verano, en los bancos gratuitos del paseo, se gozan suavidades de idilio; y es sabroso, de noche, en Martiño, mientras se toma á sorbos el café, oír á los charlatanes injuriar á la patria.

Además, nunca fui excesivamente desgraciado, porque no tengo imaginación; no me consumía, rondando en torno de paraísos fic-

ticios, nacidos de mi propia alma deseosa, como las nubes de la evaporación de un lago; no suspiraba mirando las lúcidas estrellas, por un amor espiritual á lo Romeo ó por una gloria humana á lo Camoens.

Soy muy positivista. Sólo aspiraba á lo racional, á lo tangible, á lo que era alcanzado por otros en mi barrio, á lo que es accesible á un bachiller. Y me iba resignando como quién ante una *table d'hôtel* mastica la corteza de pan seco en espera del rico plato de la *Charlotte russe*. Las felicidades habían de llegar; y, para apresarlas, yo hacía todo lo que me era posible como portugués y como constitucional; se las pedía todas las noches á Nuestra Señora de los Dolores y compraba décimos de la lotería

Entretanto procuraba distraerme. Y como las circunvoluciones de mi cerebro no me habilitaban para componer odas á la manera de tantos otros que, á mi lado, se desquitaban así del tedio que la profesión les producía; como mi escaso sueldo, apenas suficiente para pagar la casa y el tabaco, no me permitía ningún vicio, había tomado el hábito discreto de comprar en la feria de Sadra libros antiguos

desencuadernados, y por la noche, en mi cuarto, me entretenía con esas curiosas lecturas. Eran, siempre, obras de títulos sugestivos: *Galera de la inocencia*, *Espejo milagroso*, *Tristeza de los desheredados*... ¡El tipo venerable, el papel amarillento, la grave encuadernación frailuna, la cintita verde marcando la página, todo esto me encantaba! Después, aquellos relatos ingenuos en letra gorda inundaban de paz todo mi ser, produciéndome una sensación comparable á la calma penetrante de una vieja cerca de un monasterio, en la quebradura de un valle, á la hora del crepúsculo, oyendo correr el agua triste...

Una noche, hace años, empecé á leer en uno de esos vetustos infolios, un capítulo titulado *Brecha de las almas*; é iba cayendo en una soñolencia grata, cuando este período singular se destacó del tono neutro y apagado de la página, como el relieve de una medalla de oro nuevo brillando sobre un tapete obscuro: copio textualmente:

«En el fondo de la China existe un Mandarín más rico que todos los reyes de que nos habla la Fábula ó la Historia. De él nada conoces, ni el nombre, ni el semblante, ni la se-

da de que se viste. Para que tú heredes sus bienes inenarrables, basta con que toques esa campanilla, puesta á tu lado, sobre un libro. El exhalará entonces un suspiro, en los lejanos confines de la Mongolia. Será un cadáver: y tú verás á tus pies más oro del que puede soñar la ambición de un avaro. Tú, que me lees y eres hombre mortal ¿tocarás la campanilla?»

Permanecí asombrado ante la página abierta: aquella interrogación «hombre mortal, ¿tocarás tú la campanilla?» aunque me parecía burlona y picaresca, me perturbaba prodigiosamente. Quise leer más; pero las líneas huían ondulando como sierpes asustadas, y en el vacío que dejaban, de una lividez de pergamino, volvía á brillar la interpelación extraña: «¿Tocarás tú la campanilla?»

Si el volumen hubiese sido de una moderna edición Michel Levy, de cubierta amarilla, yo, que no me hallaba perdido en la floresta de una balada alemana, y podía ver desde mi cuarto blanquear á la luz del gas el corraje de la patrulla, hubiera cerrado el libro, disipando así la nerviosa alucinación. Mas aquel sombrío infolio parecía exhalar magia; cada letra afectaba la inquietante configuración de

esos signos de la vieja Kábala, que encierran un atributo fatídico; las comas tenían el retorcido petulante de rabos de diablillos, entrevistados á la luz blanca de la luna; en el punto de interrogación final veía el pavoroso gancho con que el Tentador caza las almas que adormecieron, sin refugiarse en la inviolable ciudadela de la Oración.

Una influencia sobrenatural se apoderó de mí, arrebatándome fuera de la realidad y del raciocinio; y en mi espíritu se fueron formando dos visiones: de un lado un Mandarín decrepito, muriendo sin dolor, lejos, en un kiosco chino, al *tiln-ttn* de mi campanilla; y de otro toda una montaña de oro brillando á mis pies! Esto era tan claro que hasta veía los ojos oblicuos del viejo empañarse, como cubiertos de una ténue capa de polvo; y sentía el sonido metálico del dinero rodando á mis plantas. Inmóvil, horrorizado, clavaba ardientemente los ojos en la campanilla, puesta delante de mí, sobre un diccionario francés, la campanilla prevista, citada en el magnífico infolio.

Fué entonces cuando, del otro lado de la mesa, una voz insinuante y cristalina, me dijo misteriosamente:

—Vamos, Teodoro, amigo mio, sé fuerte, extiende la mano y toca la campanilla.

La pantalla verde de la vela esparcía una penumbra en derredor. Me levanté temblando. Y vi, pacíficamente sentado á mi lado, un individuo corpulento, todo vestido de luto, con sombrero de copa, las manos enguantadas de negro, apoyadas en el puño de un paraguas. No tenía nada de fantástico. Parecía tan corriente, como si viviese del mísero sueldo de un empleo... su originalidad estaba en su rostro, sin barba, de líneas fuertes y duras, la nariz brusca, presentaba la expresión rapaz y amenazadora de un pico de águila: el corte firme y acentuado de sus labios daba á su boca una expresión maligna; los ojos, al fijarse, semejaban los encendidos fulgores de un disparo, salido súbitamente de entre las zarzas tenebrosas del entrecejo fruncido; era lívido, mas, por su piel, corrían á veces radiaciones sanguíneas como en un viejo mármol fenicio.

De pronto me asaltó la idea de que mi visitante fuese el demonio en persona, pero luego mi raciocinio se sublevó resueltamente contra esta suposición. Yo nunca creí en el diablo, como nunca tuve fe en Dios. Jamás lo dije en

voz alta ni lo escribí en los periodicos para no dascontentar á los Poderes públicos encargados de mantener el respeto hacia tales entidades: mas yo nunca creí que existiesen estos dos personajes, viejos como la substancia, rivales bonachones, que se pasan la vida haciéndose mútuas y amables perrerías, uno de barbas nevadas y túnica azul, vestido como el antiguo Zoroastro y habitando las alturas luminosas, en medio de una corte más complicada que la de Luis XIV; y el otro malhumorado y mañoso, ornado de cuernos, viviendo entre las llamas, imitación ridícula y burguesa del pintoresco Plutón. ¡No, no creo! Cielo é infierno son concepciones sociales para uso de la plebe, y yo pertenezco á la clase media. Rezo, es verdad, á Nuestra Señora de los Dolores, porque, así como pedí una recomendación para licenciarme; así como, para obtener mis veinticinco duros, imploré la benevolencia del diputado; igualmente, para sustraerme de la tisis, de las anginas, de la navaja del chulo, de la cáscara de naranja escurridiza donde puede uno resbalar y romperse una pierna y de otros accidentes, necesito tener una protección sobrehumana. El hombre prudente debe ir ha-

ciendo una serie de sabias adulaciones desde la Universidad hasta el paraíso. Con un comadre en el barrio, y una comadre mística en las alturas, el porvenir del licenciado está seguro.

Por eso, libre de torpes supersticiones, dije familiarmente al individuo vestido de negro:

—¿Realmente me aconsejas que toque la campanilla?

El desconocido se levantó un poco el sombrero, descubriendo la frente estrecha y respondió, palabra por palabra:

—He aquí tu caso, estimable Teodoro: ¡Veinticinco duros mensuales es una vergüenza social! Hay en este mundo cosas prodigiosas; vinos de Borgoña, como por ejemplo el *Romanée-Conti* del 58 y *Chambertin* del 61, que cuesta cada botella, de diez á once duros, y el que bebe la primera copá, no vacila en asesinar á su padre, por beber la segunda... Fabricanse en París y en Londres carruajes de tan suaves muelles, tan suaves forros y airo-sas ruedas, que es preferible recorrer en ellos el Campo Grande, á viajar, como los antiguos dioses, por el cielo, sobre los fofos cojines

de las nubes. No haré á tu cultura la ofensa de informarte que se amueblan hoy las casas con un estilo y un *confort* tan admirables que superan á ese regalo ficticio, llamado en otro tiempo Bienaventuranzas. No te hablaré, Teodoro, de otros goces terrenales, como, por ejemplo: el Teatro Real, el baile, el café Inglés... Sólo llamaré tu atención sobre este hecho... Existen seres que se llaman mujeres. Estos seres, Teodoro, en mi tiempo, en la tercera página de la Biblia, apenas usaban exteriormente una *hoja de parra*. Hoy son toda una sinfonía, todo un engañoso y delicado poema de encajes, batistas, sedas, flores, joyas, cachemires, gasas y terciopelos. Comprende la satisfacción inenarrable que sentirán los cinco dedos de un cristiano recorriendo y palpando esas maravillas; más también has de percibir, que con una pieza de cinco céntimos, no se pagan las cuentas de esos serafines... Ellas poseen cosas mejores: cabellos color de oro ó color de tinieblas, resumiendo así en sus trenzas la apariencia emblemática de las dos grandes tentaciones humanas: el hambre del metal precioso y el conocimiento del absoluto trascendente. Y aún tie-

nen más: brazos marmóreos, frescos como rosas salpicadas de rocío; senos sobre los cuales el gran Praxiteles modeló su copa, que es la línea más pura y mas ideal de la antigüedad... Los senos, en otra era, en la idea de ese ingenuo anciano que los formó, que fabricó el mundo, y de quién una enemistad secular me veda pronunciar el nombre, eran destinados á la nutrición augusta de la humanidad; hoy, ninguna madre racional los expone á esa función deterioradora y severa, sirven sólo para resplandecer entre encajes, á la luz de las *soirées*, y para otros usos secretos. Las conveniencias me impiden proseguir en esta exposición radiante de bellezas, que constituye el Fatal Femenino... Del resto, ya hablaremos más tarde. Todas estas cosas, Teodoro, están más allá, infinitivamente más allá de tus veinticinco duros mensuales... Confiesa, al menos, que estas palabras tienen el venerable sello de la verdad.

Yo murmuré con las fauces abrasadas:

—¡Cierto!

Y su voz prosiguió paciente y suave:

—¿Qué me dices de veinte ó veinticinco millones de pesetas? Bien sé que es una bagate-

la... más, en fin, constituye un comienzo; son una ligera habilitación para conquistar la felicidad. Ahora reflexiona sobre esto: El Mandarín, ese Mandarín del fondo de la China, es un viejo decrepito y gotoso. Como hombre, como funcionario del Celeste Imperio, es más inútil á Pekin y á la humanidad, que un pedrisco en la boca de un perro hambriento. Más la transformación de la substancia existe: te la garantizo yo, que sé el secreto de las cosas. Porque la tierra es así: recoge aquí un hombre podrido y lo restituye allá, en el conjunto de sus formas, como vegetal vigoroso. Bien puede ser que él, inútil como Mandarín en el Imperio del Sol, vaya á ser útil en otra tierra como odorante rosa ó sabroso repollo. Matar, hijo mío, es casi equilibrar las necesidades universales. Eliminar en una parte el exceso para suplir en otra la falta. Penéstrate bien en estas sólidas fisolofías. Una pobre costurera de Londres ansía ver florecer en su ventana un tiesto lleno de tierra negra; una flor daría consuelo á aquella desheredada; más en la disposición de los seres, por desgracia, en ese momento, la substancia que allá debía ser rosa, es aquí un hombre de Estado... Viene en-

tonces el chulo de navaja y hiere al estadista; la puñalada le desgarrá los intestinos; lo entierran: la materia comienza á desorganizarse, mézclase á la vasta evolución de los átomos, y el superfluo hombre de gobierno va á alegrar, bajo la forma de una flor á una rubia costurera. El asesino es un filántropo. Déjame resumir, Teodoro; la muerte de ese viejo Mandarín idiota, trae á tu bolsillo algunos millones de pesetas! Puedes desde ese momento dar un puntapié á los Poderes públicos: medita en lo intenso de este gusto! Y desde luego serás citado en los periódicos, ¡á qué mayor gloria puede aspirar un sér humano! Y todo eso con sólo agarrar la campanilla y hacer *tilin-tilin*. Yo no soy un bárbaro: comprendo la repugnancia de un caballero en asesinar á un semejante suyo; la sangre ensucia vergonzosamente los puños de la camisa, y siempre es repulsiva la agonía de un cuerpo humano. Mas en este caso, ninguno de esos torpes espectáculos... Es como quien llama á un criado... Y son veinte ó veinticinco millones de pesetas, no recuerdo bien, pero los tengo anotados en mis apuntes. No dudes de mí, Teodoro. Soy un caballero; lo probé, cuando, haciendo la guerra á un ti-

rano en la primera insurrección de la justicia, me ví precipitado desde alturas. Tu imaginación no lo puede concebir... ¡Una caída espantosa, mi querido amigo! Grandes disgustos.

Lo que me consuela es que el *Otro* está también muy alicaído, porque, amigo mío, cuando un Jehová tiene contra sí á un Lucifer, quítase este estorbo enviando contra el rebelde una legión de Arcángeles; mas cuando el enemigo es el hombre, armado de una pluma de pato y un cuaderno de papel blanco, está perdido... En fin son veinte millones de pesetas. Vamos, Teodoro, ahí tienes la campanilla, sé un hombre!

Calló el enlutado caballero.

Yo bien sé lo que se debe á sí mismo un cristiano. Si este personaje me hubiese llevado á la cumbre de una montaña en Palestina, en una noche de luna llena, y desde allí, mostrándome ciudades, razas é imperios adormecidos, me hubiera dicho sombríamente: «Mata al Mandarín, y todo lo que ves en valles y colinas será tuyo», yo le habría replicado, siguiendo un ejemplo ilustre, con la mano levantada hacia las inmensidades consteladas: «¡Mi reino no es de este mundo!»

Conozco bien mis autores. Mas eran veinte millones de pesetas, ofrecidos á la luz de una vela de esperma, en la travesía de la Concepción, por un sujeto de sombrero de copa, apoyado en un paraguas.

Entonces no dudé. Y con mano firme repiqué la campanilla. Fué tal vez una ilusión; mas parecióme que una campana de boca tan ancha como el cielo, repicaba en la obscuridad, á través del Universo, con un són temeroso que ciertamente iría á despertar soles que dormían y planetas panzudos...

El extraño individuo llevó un dedo al párpado, y limpiando una lágrima que nublaba su ojo rutilante, exclamó:

—¡Pobre Ti-Chin-Fú!

—¿Murió?

—Estaba en su jardín, sosegadamente, armando, para lanzarlo al aire, un papagayo de papel, pasatiempo honesto de un Mandarín jubilado, cuando le sorprendió ese *tilin-tin* de la campanilla. Ahora yace á orillas de un arroyo susurrante, vestido de seda amarilla, muerto sobre la hierba verde, con la panza al aire, y en sus manos frías tiene su papagayo de papel, que parece tan muerto como él. Ma-

ñana son los funerales. ¡Que la sabiduría de Confucio, inspirándole, ayude á emigrar su alma!

Y el buen sujeto, levantándose, se quitó respetuosamente el sombrero, y salió, con el paraguas debajo del brazo.

Entonces, al sentir cerrar la puerta, me pareció despertar de una pesadilla. Salté al corredor. Una voz jovial hablaba con la señora de Marques; y la cancela de la escalera cerróse sutilmente.

—¿Quién acaba de salir ahora, Doña Augusta?—pregunté sudoroso.

—Cabritilla que va á la oficina...

Volví á mi cuarto: todo reposaba tranquilo, idéntico, real. El infolio estaba aún abierto por la página temerosa. Volví á leerla, y ahora me pareció la prosa anticuada de un moralista cansado; cada palabra se había vuelto como un carbón apagado.

Me acosté, y soñé que estaba lejos, más allá de Pekin, en las fronteras de Tartaria, en el kiosko de un convento de Lamas, oyendo máximas prudentes y suaves que brotaban, como un aroma fino de té, de los labios de un Buda vivo.

II

Transcurrió un mes.

Yo, en tanto, continué, rutinario y triste, poniendo diariamente mi hermosa letra cursiva al servicio del Estado, y admirando, los domingos, la pericia con que la espléndida doña Augusta limpiaba la caspa al teniente Conceiro. Era cosa evidente para mí que, aquella noche, dormido, leyendo sobre el infolio, había soñado con una «Tentación de la Montaña» bajo formas familiares. Instintivamente, sin embargo, me fui preocupando de la China. Leía los telegramas de los periódicos, buscando siempre los que se referían á cosas del Celeste Imperio; mas nada pasaba entonces en la región de las razas amarillas... La *Agencia Havas* sólo telegrafaba sobre la Herzegovina, la Bosnia, la Bulgaria y otras curiosidades bárbaras.